

NÚMERO 144 — TOMO IX

15 DE OCTUBRE DE 1926

Reproducción

Director: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

ADMINISTRACION: BOTICA DE LA DOLOROSA

Apartado 230

SAN JOSE DE COSTA RICA

30568 IMPRENTA TREJOS HNOS

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques + Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento

en la entrega

de trabajos

REPRODUCCION

No. 144 * 15 de Octubre de 1926 * Tomo IX

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

*Siento a veces grave
desfallecimiento;
mas sigue tranquilo su hilo el pensamiento,
como el suave y lento discurso de un ave
que se va quedando dormida en el viento...*

*Ni arrullo de palma ni hervor de diatriba
conmueven la calma
con que voy, a solas, viendo, desde arriba,
la sombra que a veces pròyecta mi alma,
cual ve su reflejo la nube que flota
sobre una
laguna
bañada de luna
remota...*

José Santos Chocano

Un aplauso

Merece elogio encarecido el señor Subsecretario de Salubridad por la actitud juiciosa que guarda ante las insinuaciones de los que piden estas dos cosas, que parecen opuestas y destinadas a contrabalancearse, una que retrae del matrimonio y otra que empuja al matrimonio: el certificado prenupcial y el impuesto sobre el celibato; dos cosas cuyos efectos en realidad se sumarían, si ellas llegaran a implantarse, aumentando el desbarajuste social y entorpeciendo el proceso mediante el cual la especie humana se salva a sí misma.

La actitud del señor Subsecretario es la que aconsejan a la vez la sociología y la higiene.

Como sociólogo, el señor Subsecretario comprende ahora cuán comedido conviene ser al legislar. Diríase que esta vez tiene clara visión de los incalculables perjuicios que acarrea la creciente exorbitancia del Estado y su consiguiente descrédito, pues que no a otro resultado se arriba cuando se intenta PONER OBSTÁCULOS LEGALES A

LO QUE NO SE PUEDE IMPEDIR, según la expresión de B. Constant.

Sanos o enfermos, con permiso legal o sin él, los hombres procrearán siempre, por imperiosa necesidad fisiológica, que no admite más limitaciones que las que libremente y por íntima convicción cada uno se imponga.

Es más, el número de estas limitaciones, en vez de aumentar, cuando fueran oportunas, disminuiría por la intervención del legislador. Es muy sabia la interpretación popular de la Historia Sagrada: para asegurar la conservación de la especie, le bastó a Dios prohibir la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Para el sociólogo, las enfermedades comúnmente mencionadas por los preconizadores del certificado prenupcial—tuberculosis, sífilis, etc.—son males de poca monta. Para él, la virtud y la honradez están justamente por encima de todo, y las curvas estadísticas de la virtud y de la honradez se muestran independientes de las curvas propias de dichas enfermedades. Se vive bastante pasablemente entre sífilíticos y tuberculosos, mas no se puede vivir de ningún modo entre bandoleros o bribones.

Sabe además el sociólogo que aun cuando la ciencia dispusiera de medios seguros de diagnóstico para las enfermedades más graves, estos medios—preciosos para los fines privados de la medicina—serían tristemente deformados o retorcidos al pasar por el embudo de los funcionarios públicos, el embudo de las injusticias humanas, más aflictivo y más horrendo que el saco entero de todas las dolencias naturales.

Como higienista, el señor Subsecretario se ha acogido también al buen partido, demostrando así que sabe distinguir entre la eugenesia de vista corta y la eugenesia de vista larga.

La eugenesia de vista corta tiene corazón de mujer. Sensible a los ayes cercanos, llorona y alocada, busca remedios pronto, sin cuidarse del porvenir lejano. No debiera salir de casa y anda sin embargo tras los gobiernos. Con la venda de sus malditas buenas intenciones, no comprende que si los gobiernos se mueven, según sus solicitudes, es para estorbar el juego de la defensa espontánea de la especie.

La eugenesia de vista larga se dirige a los individuos. Su arma es la INSTRUCCIÓN,

esto es, la difusión del conocimiento de la biología. No olvida nunca que la muerte es la condición de la vida. No olvida que la función de los gobiernos es la administración de la justicia o el afianzamiento de las libertades individuales. Entre éstas, la de reproducción es para ella la principal. «No pretende arrancar al hombre de las manos brutales y sangrientas, pero benéficas, de la selección natural, para colocarlo en las manos perfumadas, suaves y enguantadas, pero peligrosas, de la selección artificial». (Ver REPRODUCCIÓN, diversos cuadernos; particularmente el del 10 de noviembre de 1922: Carta de un biólogo a un estadista).

*
* *

El impuesto a los solteros no pasa de ser una majadería que, gracias a Dios, jamás prosperará seriamente.

¿Cuáles solteros? ¿Todos, las mujeres también, o solamente algunos, los varones que no se casen según la Iglesia o según cualquier otro formulismo? ¿Pero qué le importa al Estado la soltería? Lo que le importa es la paternidad. ¿Se va a castigar al individuo soltero o casado que no tiene

hijos vivos y rubricados? De meterse en tales berenjenales, ¿no sería más cuerdo el fijar un impuesto por cada hijo mal hecho o mal criado que se dé a la colectividad?

Cualesquiera que sean las respuestas que se dé a las anteriores preguntas y la forma en que se exponga la cuestión, resulta a la postre este absurdo jurídico: que se hace responsable a un individuo de algo que, en el mejor de los casos, no depende sólo de él, sino también de otro individuo de distinto sexo.

Otra consideración. Los solteros—llamemos así a quienes no tienen hijos—son personas anormales o son personas normales. Si son anormales ¿no hay que alegrarse de su falta de descendencia? Y si son normales... ¿Conoce el lector a alguna persona normal que se haya privado de la insustituible satisfacción de la paternidad, por puro gusto? Se necesita de veras no entender nada de historia sexual para admitir que la mezquindad o la codicia u otra pequeñez semejante pueda alejar a un hombre sano y culto de las sendas trazadas por la naturaleza. Los sacerdotes, los apóstoles, los exploradores, los hombres que desde su juventud se encuentran

cargados de familia ajena, por obra de las circunstancias, etc., todas las personas normales solteras, pagan con creces el derecho a que se respete el secreto de su celibato: son ellos los acreedores y la sociedad la deudora.

II

Resabios de maestro

He dicho y redicho que únicamente las escuelas privadas me inspiran hoy cariño o simpatías. Pero esto no quita que me interese por las escuelas públicas, a cuyo sostenimiento contribuimos todos de grado o por fuerza. De estas escuelas, son las de segunda enseñanza las que— a mi juicio—mayor atención reclaman.

Pues bien, no estoy muy al tanto de lo que pase en provincia; pero sí sé lo que pasa en el liceo de la capital, llamado por sinécdoque el «Liceo de Costa Rica». Su fracaso es doble. No están contentos los que le piden sobre todo «educación»; ni estamos satisfechos los que le pedimos solamente «instrucción», haciéndonos cargo del resto.

Como plantel de educación, el Liceo

constituye un rompecabezas, que irá en aumento. La ciudad tiene unos sesenta mil habitantes. No caben, por consiguiente, en el Liceo, los alumnos que debieran caber, y el número de los que caben es sin embargo demasiado grande para poder ser sometidos a alguna forma de disciplina liberal—o racional, si se prefiere este término.

Como plantel de enseñanza, sí es posible hacer mucho en bien de nuestro primer colegio. Voy a exponer mi parecer, aunque esté de más, dado que al señor Presidente de la República no le faltan luces ni consejos, ni le falta decisión ahora que cuenta con un Secretario deseoso de trabajar.

Principíese por imprimir seriedad a la enseñanza, reduciendo el cuadro de asignaturas y escogiendo el personal docente. Los horarios están recargados y el personal ha sido integrado con muchachos convertidos en maestros de golpe y porrazo, como si se ignorara que para enseñar se requiere mucho saber y que para saber se necesitan aptitudes naturales y largos años de estudio.

Aun en los institutos bien organizados, suele haber novicios en servicio; pero

con carácter de AYUDANTES O REPETIDORES, subordinados en todo a los profesores propiamente dichos y excluidos de los consejos consultivos. Sus sueldos son naturalmente mínimos, como lo son en todas las carreras los sueldos de los aprendices.

Respecto a la pregunta de si debe o no borrarse de los horarios el nombre de una asignatura para la cual no hay profesor competente, ya he respondido en distintas ocasiones: DEBE BORRARSE. No hay que enseñar sino lo que se puede enseñar. Lo otro tiene un nombre muy duro. Al pronunciarlo, deseo no herir a nadie en particular. Estoy externando una opinión; no estoy haciendo inculpaciones. Concluyo: lo otro se llama defraudación. Y si la defraudación es vituperable y hasta punible cuando se trata de cosas relativamente fáciles de examinar—los alimentos, por ejemplo—¿qué decir de la que atañe a las «cosas del espíritu»? Inculcar errores en la mente de un chiquillo o de un adolescente, es un pecado contra el cual conviene tomar todas las precauciones imaginables.

Más vale evidentemente dejar una cabeza monda y lironda que envenenarla o

henchirla de conceptos sin substancia o lastimarla para siempre.

He dicho que para enseñar se requiere mucho saber y he de explicar mi expresión. Mucho saber significa tres cosas a la vez, condicionadas la una por la otra: 1.º Poseer extensos conocimientos. 2.º Poseer la clave de estos conocimientos, para distinguir los fundamentos o ELEMENTOS, que constituyen la materia enseñable. 3.º Saber presentar estos elementos de modo que el alumno pueda digerirlos y asimilárselos, con la alegría que normalmente acompaña a toda función bien hecha.

La última de estas tres cosas se posee generalmente más por gracia natural que por estudio; pero quien la posee sin contar además con las otras dos, es como un motor perfecto que gira en el vacío.

En cuanto concierne a la disminución del número de asignaturas, la declaración del señor Secretario—sintetizada en las palabras «lenguas y matemáticas»—infunde las mejores esperanzas. En forma de ejercicios de lenguaje se impartirán muchos conocimientos que hoy figuran como materias especiales (instrucción cívica, «administración pública», «educación social»,

economía política, psicología, etc.); y, *en cuanto tienen de matemáticas*, se acordará a las ciencias positivas la preferencia que merecen. Lo que en las ciencias no sea matemático, debe ir también al cajón de la literatura.

La gran dificultad estará siempre en la elección de los maestros. ¿De quién tomar informes, cuando los directores de los colegios son los primeros en confundir las cosas, estimando en más la *docilidad administrativa* que la competencia, al hablar de sus subalternos?

Por pronta maniobra, urge traer del exterior siquiera cuatro profesores.

1.—Uno de matemáticas, especializado en análisis.

2.—Uno de física, especializado en meteorología.

3.—Uno de química, especializado en química biológica.

4.—Uno de historia natural, especializado en geología.

Para el contratamiento, lo más acertado sería seguir las indicaciones ya dadas por nuestro García Monge.

Recuerde el Sr. Presidente que sólo un medio se conoce para vigorizar la enseñanza: el de recurrir de tiempo en

tiempo a la importación de elementos de afuera. Planes de estudios, textos, edificios, laboratorios, todo ello es de poca importancia. Lo fecundo en resultados directos e indirectos es la elevación del profesorado a mayor auge. Los buenos maestros no necesitan más que del abrigo de un árbol para hacer su escuela. Aun la reforma de la enseñanza primaria, de suyo tan penosa, resultaría en gran parte realizada si se lograra sacar de su extenuación a la segunda enseñanza. ¿Por qué bendecimos los nombres de don Jesús Jiménez y de don Mauro Fernández? ¿Por sus proyectos o planes?—Muchos los desechamos.—¿Por los edificios que construyeron?—El tiempo, que camina tan ligero cuando se trata de cosas materiales y tan despacio cuando se trata del progreso moral, los ha derribado o los ha descalificado. Bendecimos aquellos nombres porque a ellos se asocia la memoria de grandes maestros extranjeros. Sólo perdura el movimiento dado a las inteligencias. Antes de que se apague, hay que renovarlo.

No tomo en consideración la idea de enviar jóvenes a formarse para el magisterio en el exterior, porque esta idea está

desacreditada por la experiencia, aquí y en todas partes. Antes de probarse en una carrera ¿cómo saber si se tiene disposiciones para ella? Los pocos buenos maestros nacionales que tenemos o hemos tenido formados afuera «por cuenta del Estado», son una excepción que ha costado muy caro. Dió bastante buen resultado el envío de estudiantes a Chile, pero este resultado fué en gran parte obra de la casualidad, y contando con factores de que no se dispone hoy.

Tres son las lenguas que yo inscribiría hoy en el plan de estudios de nuestra segunda enseñanza: el español, el inglés y el griego. Del griego han tomado las ciencias y las artes su tecnicismo. Sin griego no hay cultura profunda. De esto estoy convencidísimo. Y bien, tiemblo de espanto al mencionar el griego, porque no sé de un maestro que no convierta su estudio en un tormento.

Rectificación

Señor Director de *Repertorio Americano*

Acabo de leer la segunda parte del hermoso artículo de nuestro distinguido amigo don Justo A. Facio, últimamente publicado en la muy importante revista de usted. No sin cierta natural vanidad, veo que la indulgencia del señor Facio me alcanza a mí también. Debo sin embargo hacer una aclaración. Hay un grave error de citas, error en que se ha incurrido inadvertidamente, pero muy en mi daño.

Escribe el señor Facio: «Con frase lapidaria define el Presidente Coolidge el papel estupendo que el gran argentino hubo de desempeñar en el continente: *Es, dice, uno de los grandes caudillos del pensamiento en los países americanos*».

Ahora bien, en las palabras lapidarias subrayadas, el Presidente Coolidge *no se refiere a Sarmiento* sino a Morazán (V. REPRODUCCIÓN, No. 139). De referirse a Sarmiento, yo habría sido el primero en aplaudir, sin negar por ello la extrema

discrepancia de ideas que me separa del famoso fogoso argentino. Lo que me pareció y me sigue pareciendo una enormidad es la afirmación de que: «Con excepción de Emerson, es dudoso que ninguno de esos paladines de nuestra edad de oro literaria fuera superior a Sarmiento».

Los paladines a que alude Coolidge son nada menos que Longfellow, Poe, Washington Irving, Fenimore Cooper, etc.

La expresión PALADINES DE NUESTRA EDAD DE ORO LITERARIA es demasiado elocuente para necesitar de disquisiciones.

Sarmiento se burlaba de la PROPIEDAD en el lenguaje, de la lógica en la construcción, de la belleza en la forma. ¿Cómo, pues, colocarlo, no digo entre los paladines, entre los hombres de letras de cualquier fila?

Para perdurar, las obras de Sarmiento reclaman un traductor.

En cuanto a la expresión «gran escritor», las cosas cambian. Unos, críticos o lectores, fijan su atención principalmente en el fondo de lo escrito, y llaman grandes escritores a los caudillos del pensamiento. Otros, con excusa igualmente aceptable, atienden sobre todo a la forma. Otros—

y ahí voy yo muy detrás de Horacio— llamamos grandes escritores a quienes se muestran completamente grandes, por lo que dicen y por la manera de decirlo.

Todavía más, creo con don Andrés Bello, que los signos del pensamiento obedecen a leyes generales que derivan de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, y que, por consiguiente, no puede haber *mal decir* donde realmente haya *buen pensar*.

San José de Costa Rica, 14 setiembre 1926.

IV

Perros y motocicletas

No voy a repetir la historia del inglés. No diré que a medida que conozco más a los hombres, amo más a los perros. No, señores, si salgo a defenderlos es por gratitud, no por escepticismo.

Antes de los 50 años no quise más que a un caballo, entre los animales. A los perros les tuve un miedo indecible, tanto que no me ha sorprendido el caso de una niña que acaba de suicidarse de-

mostrando que la asustaba más un perro que un revólver.

Pero estaba de Dios que yo no permaneciera en mí ser respecto a los canes. Una noche, una perrita foxterrier me hizo saber maravillosamente, desde afuera, que un ladrón iba a saltar una tapia de mi casa. Otra noche, en que me dirigía a deshoras hacia el sur de la ciudad, un perro-lobo, ajeno, me salvó, también maravillosamente, de la agresión de un merodeador cualquiera. De entonces datan mis relaciones con los perros y mi creciente admiración hacia ellos. Comencé por lo de «amor con amor se paga», para convertirme finalmente en su franco defensor. Como prueba, baste saber que todas las camorras de veras desagradables en que me he visto envuelto, en los últimos años, lo han sido por asuntos de perros que ni siquiera me pertenecen.

El conflicto actual es entre motociclistas y perros.

Es un hecho que los perros más finos, los menos incómodos en sociedad, los más callados, los más pacientes, los menos lujuriosos, los menos agresivos, son precisamente—¡ellos sabrán por qué!—los

enemigos irrefrenables de los ciclistas en general, y de los motociclistas en particular.

Así, pues, yo pregunto:—¿De qué lado se van a poner las autoridades? Porque, a la postre, habrá que amarrar los perros o guardar las motocicletas. Y tan inútil es un perro amarrado como una motocicleta guardada. ⁽¹⁾

Los perros son indispensables entre nosotros: moralmente, como maestros de lealtad y desprendimiento; socialmente, como cuerpo supletorio de la policía urbana. La medalla tiene su reverso, indudablemente; pero, frente a las motocicletas, ¿qué podrán alegar los partidarios de éstas? ¿Son necesarias en una ciudad pequeña? ¿No constituyen un desventajoso instrumento de lujo o de placer personal? Ayudan a descomponer las vías públicas, salpican de barro a los transeuntes, aturden con el estruendo propio de todo lo que vale poco, y, para colmo de la medida, amenazan hasta de muerte a los niños,

(1) Un perro encadenado, sufre, se enfurece, se vuelve peligroso. Tampoco se puede pensar en los bozales, nocivos siempre, y doblemente en los climas cálidos. El perro necesita abrir libremente la boca, para regular su propia temperatura y conservar así la salud.

a los viejos y a los inválidos que circulan por estas estrechas y pésimas calles. No digo de los peligros que corren los ciclistas mismos, porque aquí sí que cabe aquello de que CON SU PAN SE LO COMAN.

Los mordiscos de los perros, con todas sus consecuencias sobre los vestidos o las carnes, son pálida cosa en comparación con los frecuentes daños, muchos de ellos irreparables, que las motocicletas ocasionan.

Aparte de estas razones, existe una de prioridad en favor de los perros: ellos nos acompañan desde hace siglos de siglos, mientras que los velocípedos son tiernas novedades y, a veces, novelerías.

Por último, si perros y velocípedos han de convivir, ¿por qué no se proveen los ciclistas de los utensilios de defensa ya inventados, tales como los proyectores de amoníaco, que no hacen gran mal a los perros ni molestan a nadie?

De las «matrículas municipales» no quiero hablar. Ellas no resuelven nada en justicia: establecen un impuesto desmedido y crean un derecho parcial, esta vez en favor de los perros ricos. A propósito de ellas tiene uno que recordar

las dispensas de la Iglesia y tiene que decir: perjuicio o pecado que se arregla con plata, no es tal perjuicio ni tal pecado.

19 de setiembre 1926.

V

Palique

Celebro, mi joven amigo, sus progresos en mitología. Quedo enterado de por qué amaneció Ud. el domingo en la calle:

Para los latinos, el domingo es el día del Señor; para los ingleses y otras gentes, es el día del Sol; para los poetas, es el día de Apolo o Febo, el bello dios a quien saluda el gallo todas las mañanas.

Acepto también las excusas relativas al lunes o día de Diana,

eternamente virgen, diosa de la caza y de los encantamientos,

y las relativas al día de Marte y al de Mercurio,

dios de la guerra el uno, dios de los comerciantes y de los mensajeros el otro.

Comprendo que no me incumbe regañar o castigar por lo del jueves,

día de Júpiter, rey de los cielos, hermano de Neptuno (rey de los mares) y de Plutón (rey de los infiernos); padre de Apolo, de Diana y de otros muchachos, entre los cuales figuramos los pobres hombres—los que hacemos sufrir y los que sufren.

Aplaudo la conclusión de que

somos, por lo tanto, hermanos y hemos de perdonarnos mutuamente, dejando a Júpiter la ingrata labor de lanzar sus fuegos sobre los culpables.

Más me conmueve todavía el discursito del viernes:

Era el día de Venus, y yo no hice más que seguir el ejemplo de tan ejemplar mujer. Diosa del amor, afrodita —esto es, nacida de la espuma—, desleal, inspiradora de toda suerte de locuras. Acariciada por los céfiros desde el instante de su nacimiento, subió al Olimpo a sembrar los más ardientes deseos y los más tremendos celos entre los dioses. Hasta Júpiter perdió la chaveta y, viéndose no correspondido, la obligó a casarse con el más feo de sus hijos, Vulcano, dios del fuego. Pero ella le fué infiel al marido, con Marte—padre de Cupido—, con Neptuno, con Baco, etc. etc.— De las flores, prefiere la rosa; de las frutas, prefiere la manzana; de las aves, prefiere la paloma.

¡Muy bien! *Ego te absolvo*. Pero mi enojo lo han provocado ante todo los excesos alcohólicos. ¿Hay acaso algún día de la semana dedicado a Baco? ¡Ah! ya oigo:

Los sábados, no soy pagano ni cristiano ni judío. Soy lo que pide mi raza. Nada tiene que ver el sábado con Saturno, el viejo dios del tiempo, cruel, que todo lo destruye y que devora aun a sus propios hijos. No es tampoco el sábado el día bendecido por Dios, de que habla el Génesis, ni es el día de descanso santo de que habla Moisés. Soy vasco, y en vascuence, en vez de sábado puede decirse *aquejarre* (prado del cabrón), dando a entender que en la noche de ese día cabe entregarse a bacanales sin freno y a los mayores desvaríos. Lo peor que pueda sucederme es que un sábado me transforme en brujo y, envuelto en piel de carnero negro, con cuernos y con la cara pintada de rojo, desaparezca montado en una escoba.

Hacia 1895, el Ministerio de Instrucción Pública de Francia declaró que la mentira era la única falta punible de expulsión en las escuelas y colegios. Hace treinta años que medito en esta declaración, y cada día me parece más sabia.

VI

Señor don M. P.

PURISCAL

He mostrado la carta de Ud. al Doctor don C. Picado T., competentísimo Director del Laboratorio del Hospital. Vea Ud. lo que me ha dicho en contra

de los tratamientos a que se recurre en esa región, en caso de mordedura de serpiente:

1.º—El permanganato de potasio NO CURA, aun cuando se le suministre en dosis vecinas de la dosis mortal mínima. Ni siquiera se impide el envenenamiento ofídico introduciendo a la vez el veneno y el permanganato, mediante una misma jeringa, siempre que la mezcla sea hecha EN EL MOMENTO mismo de la inyección.

2.º—Tampoco curan el amoníaco o el calomel.

3.º—Los buenos resultados obtenidos con los tratamientos aludidos, podrían obtenerse idénticamente SIN NINGUN TRATAMIENTO, según lo hacen prever los dos hechos siguientes:

a) Las personas mordidas por las PEORES ESPECIES de serpientes no mueren sino en la proporción de 25 por ciento.

b) El mayor número de nuestras tobobas no tienen veneno en cantidad suficiente o suficientemente activo para matar a un hombre. UNA TERCIOPELO mediana equivale a 75 tobobas.

En resumen, mi amigo, el tratamiento racional es el de la seroterapia anti-ofídica.

Por consideraciones puramente químicas, tomando en cuenta la naturaleza de

los venenos de serpientes y la extraordinaria actividad oxidante de los permanganatos (particularmente del de calcio), yo no pienso que éstos sean enteramente ineficaces; pero una opinión simplemente especulativa carece de valor en medicina.

21 Set. 1926.

E. J. R.

Sub-hombres y super-vacas

Hay vacas que tienen una expresión casi humana. Parece que piensan; pero no nos hagamos ilusiones. Los hombres que miran como esas vacas, y cuya expresión descubrimos en ellas, no piensan nunca en nada. Si hay vacas que tienen una expresión humana es porque hay hombres que tienen una expresión vacuna. Las clases inferiores de la humanidad se confunden a veces con las superiores del ganado bovino, y de aquí esa mezcla de sub-hombres y super-vacas que desconcierta tanto a los poetas.

Los poetas son unos incautos. Se pasan la vida acusando de incomprensión y de estupidez al pequeño comercio; pero cuando uno de ellos sorprende la mirada

de su editor en los ojos de una vaca, queda pasmado de admiración, como si el cerebro de aquella vaca encerrase toda la sabiduría del mundo. «The cow is a thinking being» (la vaca es un ser pensante), que decía un gran poeta inglés...

Por fortuna, el doctor griego Stavros Damoglópulos ha venido ahora a aclarar las cosas explicando, en un Congreso vegetariano internacional que se celebró en Londres, por qué razón hay hombres que parecen vacas. Hay hombres que parecen vacas, según el doctor Damoglópulos, sencillamente porque lo son. El hombre no sólo es hijo de su madre, sino también de su ama de cría. «Tomando con frecuencia leche de vaca,—ha dicho el doctor Damoglópulos,—llegan a adquirir la mentalidad y las costumbres de este animal».

Esto ha dicho el doctor Damoglópulos, y las autoridades no deben dejarlo pasar inadvertido. ¿Qué mejor razón, en efecto, para cuidar de la pureza de la leche de vaca? Si la leche de vaca boviniza a los hombres, yo, Gobierno, la distribuiría gratis y en la mayor abundancia, convencido de que es preferible gobernar con ella a hacerlo con ninguna otra cosa; pero,

lo malo, es que acaso no encontrase a mi disposición vacas bastantes para realizar mi programa político.

JULIO CAMBA

Miscelánea

Cuando las reformas que necesita el progreso son fundamentales y atacan de lleno los cimientos de las costumbres e ideas anteriores, es necesario—a sus difundidores o apóstoles—repetir en todos los tonos y todos los días, la argumentación y el ataque, para que—después de haber sido, la innovación, piedra de escándalo—pase a cosa probable y quede al final como cosa juzgada y necesaria.

E. QUINTANA .

(*La Idea*, Quezaltenango)

*
* *

Después de 50 años de ver enfermos, se llega a la conclusión de que para el niño enfermo, no valen las drogas, y el médico consciente no llega sino a acon-

sejar lo único eficaz, lo único que puede arrancar de la muerte a los niños que se deshacen por las gastroenteritis, y lo que es más triste todavía, lo que pudo prevenir las, si se usara inteligentemente: el pecho de la madre.

J. M. SOTO ALFARO

*
* *

El que empieza con certidumbre acabará dudando y el que empieza dudando acabará con certidumbre.

BACON

*
* *

La fuerza de la convicción en un hombre puede que no testimonie sino de la mediocridad de sus conocimientos.

BERKELEY MOYNIHAN

*
* *

Con las ruinas sucede lo que con los sepulcros: en medio del tumulto de una gran ciudad y del lodo de las calles, son como una mancha en el cuadro de la

vida ruidosa y agitada; pero en la soledad, a la orilla del mar, en un cabo abandonado, en una playa inculta, tres solas piedras ennegrecidas por los siglos o quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, pensar, meditar o llorar. La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se unen en el pensamiento de los hombres: su analogía es una misteriosa armonía, y yo prefiero el promontorio desnudo de Cartago, el cabo melancólico de Sunium, y la playa desnuda e infestada de Poes-tum, para colocar las escenas de los tiempos pasados, a los templos y los arcos y los coliseos de Roma muerta, derribados a los pies de Roma viva con la indiferencia del hábito y con la profanación del olvido.

A. DE LAMARTINE

UNA NOTICIA

Para mis amigos de Colombia. El conocido escritor don Luis E. Nieto Caballero tuvo la bondad de no irse de San José sin visitarme. Desgraciadamente, entre las primeras palabras que cruzámos salió de su boca la de DEMOCRACIA. A mí se me escapó al punto una expresión de burla. Él quiso explicaciones. Se nos olvidó la cortesía. La conversación se agrió. Nos separámos desencantados.

E. J. R.

Andrés Bello—para España—debe significar esto: el hombre que, en la primera mitad del siglo XIX, salvó contra la barbarie cerril, nacionalista y jacobina de los americanos—con la que coqueteaba Mitre y de la que fué máximo exponente un escritor admirable, Sarmiento—la cultura española, en lo que tuvo de buena, y las tradiciones españolas, en lo que tenían para nosotros de aprovechable.

R. BLANCO-FOMBONA

(Repertorio Americano)

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES

(SOC. ANON.)

1571 - RIVADAVIA - 1573

BUENOS AIRES

Tenemos en prensa y en breve pondremos en circulación una nueva obra de HUGO WAST, el autor de la famosa novela *Flor de Durazno*, que ha pasado largamente de los cien mil ejemplares, y de *Valle Negro*, premiada por la Real Academia Española. La nueva obra es una novela que forzosamente por su argumento y por la forma original y vigorosa en que ha sido desarrollado, quedará como el libro capital de su autor.

Su acción se desarrolla en Buenos Aires, en el año 1812, es decir, en los primeros tiempos de la Revolución, y tiene por argumento la trágica conspiración de los españoles, encabezados por Alzaga, que estuvo por instantes a punto de cambiar la faz de la historia de América. Descubiertos los conjurados, y apresados en número de cuarenta, Rivadavia desplegó una terrible energía, para que escarmentaran sus cómplices, y los fusiló uno a uno en la plaza de la Victoria. Entre ellos, el rico y poderoso don Martín de Alzaga, que soñó ser virrey del Río de la Plata, y el bethlemita Fray José de las Animas, aparecen en primer término y bajo la pluma del autor adquieren un vigor impresionante y una vida que tiene más realidad que la propia historia en que se basa estrictamente.

La obra aparecerá simultáneamente en dos grandes episodios, con el título de

MYRIAM LA CONSPIRADORA

Y

EL JINETE DE FUEGO